

tuvo siquiera la menor sospecha de lo que habia ocurrido.

A la noche siguiente de la salida del doctor, Mr. Lorry, armado de un escoplo, un hacha, una sierra y un mazo, y acompañado de miss Pross, que iba alumbrándole, entró en la habitacion de Mr. Manette. Despues de cerrar la puerta misteriosamente, el gentleman comenzó á hacer mil pedazos el banquillo del zapatero, en tanto que miss Pross, cuya cara de vinagre se amoldaba perfectamente á la situacion, conservaba la vela en una mano del mismo modo que si asistiese á la perpetracion de un asesinato.

Cuando el banquillo quedó hecho añicos, quemaron las astillas en la chimenea de la cocina, y luego bajaron al jardin para hacer un auto de fé con las herramientas, zapatos y cuero que hallaron á mano.

Es tan grande el horror que inspira á las almas honradas la destruccion y el misterio, que al hacer aquella obra de caridad y al ocultar aquellos tristes despojos, Mr. Lorry y miss Pross se hallaban tan emocionados y tan atribulados como si hubiesen cometido el más espantoso crimen.

CAPÍTULO XX.

Una defensa.

El primer amigo que acudió á felicitar á los esposos Darnay, cuando éstos regresaron de su expedicion, fué Sydney Cartone. Ni sus hábitos ni su aspecto exterior habian sufrido ningun cambio favorable; pero habia en él cierto aire de amistad regañona que era completamente nuevo para Carlos.

Aprovechando la primera ocasion que se le presentó, le llevó á una de las ventanas con objeto de hablarle sin ser oido de nadie.

—Mr. Darnay, le dijo, deseo que seamos amigos.

—Pues qué, ¿no lo somos ya, Mr. Cartone?

—No quiero decir eso; ya sé que sois suficientemente bueno para dispensarme vuestra amistad; pero yo necesito otra cosa: al expresaros mi verdadero deseo de llegar á ser vuestro amigo, no doy á mis palabras el sentido que vos podriais atribuirles.

Carlos Darnay le preguntó qué era lo que queria decir.

—Si he de hablaros con toda franqueza, respondió Cartone sonriendo, me es más fácil concebirlo que explicarlo, y sobre todo, que explicarlo de modo que vos me comprendais. Sin embargo, voy á intentarlo. ¿Recordais cierta famosa ocasion en que yo estaba un poco más ébrio que... de costumbre?

—Lo único que yo recuerdo es que en una ocasion, verdaderamente famosa, me obligásteis á confesar que habiais bebido un poco más de lo conveniente.

—¡Ah! yo lo recuerdo perfectamente, Mr. Darnay. La memoria de aquellos malditos dias pesa terriblemente sobre mi alma, y creo que todo cuanto en ellos he sufrido se tendrá en consideracion el dia que yo deje de existir; pero no os alarmeis, no es mi propósito pronunciar ahora un sermón.

—Y ¿por qué he de alarmarme? ya veo que me hablais con animacion, pero con acento tranquilo.

—En la ocasion de que os hablo, yo estaba ébrio, cosa que me sucede con harta frecuencia, y no os guardé todas las consideraciones debidas. Pues bien, yo deseo muy de veras que lo olvidéis completamente.

—Pues tengo satisfecho ese deseo hace mucho tiempo.

—Eso es hablar por hablar, Mr. Darnay; yo no olvido tan fácilmente, y tengo demasiado presente aquella noche para que pueda borrarla de mi memoria una ligera frase.

—Dispensadme que no os haya contestado con mayor seriedad, respondió Carlos; he creído que debia tratar con

cierta ligereza de una cosa que realmente carece de interés, y confieso mi sorpresa al ver la importancia que vos quereis darle. Yo os declaro formalmente que he olvidado todas aquellas circunstancias, y ya comprendereis que lo único que yo podia recordar era el grandísimo servicio que me prestásteis aquel dia.

—Un insignificante servicio, respondió Cartone; un medio muy sencillo de defensa; y debo de deciros, en honor de la verdad, que no me movió á ello el deseo de seros útil, pero observad de paso, que sólo me refiero á aquella época.

—Veo que tratais ligeramente de la gratitud que os debo, replicó Darnay.

—Creedme; no os dije más que la pura verdad. Pero dejando esto á un lado, lo que yo quiero saber es si podemos ser amigos; ya me conoceis, ya sabeis que soy indigno de rozarme con un hombre respetable; preguntádselo á Stryver, y vereis cómo opina lo mismo que yo.

—Yo no necesito del concurso de nadie para formar mi opinion.

—Haced lo que mejor os parezca. De todos modos, ya sabeis que soy un libertino y que no he hecho, ni haré nunca, ninguna cosa buena.

—No puedo estar conforme con semejante opinion.

—Pues estad seguro de que yo lo creo así firmemente; sin embargo, si no os repugna ver entrar en vuestra casa á un hombre de mi calaña, á un hombre sin reputacion ni mérito alguno, permitidme que venga por aquí de cuando en cuando, y tratadme como un objeto inútil, como un mueble que se conserva por los servicios que prestó en otro tiempo, pero del cual no se hace ya maldito el caso. Yo me propongo no abusar de ese permiso; yo no vendré á veros sino unas tres ó cuatro veces al año, pero experimentaré una vivísima satisfaccion al pensar que me es lícito venir con mayor frecuencia.

—Entonces, procuráos esa satisfaccion.

—¿Es decir que accedeis á mis deseos? ¡Ah! mil gracias, Darnay. ¿Puedo contar con vuestra autorizacion para gozar de esa libertad?

—Desde hoy mismo, Cartone.

—Estrecháronse la mano, y Sydney se retiró. Un momento despues volvió á caer en su habitual indolencia, y sólo parecia, segun sus propias palabras, una sombra de sí mismo.

Durante las primeras horas de la noche, Carlos Darnay, que se hallaba con su familia y en compania de mister Lorry, citó algunas palabras del diálogo que habia tenido con Sydney, y habló de este último como de un problema indescifrable, en que el libertinaje se hallaba unido á una indolencia que no era fácil explicarse. Sus palabras, sin embargo, no fueron duras ni amargas, y habló de su amigo en los mismos términos que lo hubiera hecho cualquiera de los individuos allí presentes.

Carlos no pudo figurarse que las palabras que acababa de pronunciar hubiesen sido recogidas por su mujer; pero cuando subió á su habitacion encontró á Lucía esperándole y observó en su frente una profunda arruga.

—¿Qué es eso? ¿estás pensativa esta noche? dijo el jóven pasando su brazo alrededor de la cintura.

—Sí, dijo Lucía colocando ambas manos sobre el pecho de Carlos y dirigiéndole una mirada seria y penetrante, estoy pensativa porque tengo algo que me oprime el corazon.

—¿Y qué es ello, querida Lucía?

—¿Me prometes no hacerme más preguntas que las que yo juzgue necesarias?

—¡Que sí te lo prometo!... ¿Hay algo que yo no pueda prometerte, ángel de mi vida?

Efectivamente, ¿qué podia negar á aquella encantadora mujer, cuyos rubios cabellos apartaba para contemplar

mejor su rostro, mientras que su otra mano se apoyaba sobre aquel corazón que sólo latía para él?

—Carlos, ese pobre Mr. Carton merece ser tratado con más consideración y con más respeto del que habeis usado con él esta noche.

—¿De veras, querida mía? ¿Y por qué?

—No puedo contestarte á esa pregunta; pero tengo la completa persuasión de que es verdad lo que acabo de decirte.

—Eso me basta para creerlo. Dime ahora qué es lo que quieres que yo haga, vida de mi alma.

—¡Sólo te ruego que seas generoso con él, querido mío; que mires con indulgencia sus extravíos, y que le defiendas cuando se halle ausente! No dudes que él abriga los más nobles sentimientos, y, aunque no lo revele en sus actos exteriores, posee un levantado corazón lleno de profundas heridas, que yo misma he llegado á ver, Carlos mío!

—Me atormenta muy de veras la idea de haber sido injusto con él, replicó Darnay sumamente sorprendido; nunca hubiera podido suponer semejante cosa en Carton.

—Sin embargo, lo que digo es la pura verdad. Mucho tomo que sea ya demasiado tarde para salvarle; tal vez no permita su situación ninguna defensa, pero tengo la convicción de que caben en su pecho la abnegación, el sacrificio y cualquier otra acción generosa.

Al revelar la fé que tenía en aquel hombre degradado, estaba tan hermosa, que Carlos no se cansaba de admirarla.

—¡Ah, querido mío! dijo abrazándole, colocando la cabeza sobre su pecho y fijando en sus ojos su serena mirada: recuerda la fortaleza que nos da nuestra dicha y la debilidad que le presta su miseria.

—No lo olvidaré, hermosa mía, dijo Carlos profunda-

mente conmovido; yo lo recordaré hasta el último momento de mi vida.

Inclinóse hácia aquella adorada cabeza, unió sus labios á aquellos labios sonrosados y estrechó entre sus brazos aquella graciosa y delicada cintura.

Si el solitario vagabundo que en aquel momento recorría las oscuras calles hubiese podido oír aquel compasivo diálogo; si hubiese podido ver las tiernas lágrimas que se escapaban de aquellos azules ojos, y que Carlos enjugaba con sus besos, hubiera exclamado en las tinieblas, y no por la primera vez:

—¡Bendita sea esa tierna compasión!

CAPÍTULO XXI.

Ecos.

Hemos dicho en uno de los anteriores capítulos, que la habitación ocupada por Mr. Manette multiplicaba todos los sonidos de un modo maravilloso. Lucía Darnay, ocupada incesantemente en hilar la seda y el oro con que se tegía la vida feliz y tranquila de su marido, de su padre, de miss Pross y de ella misma, se hallaba sentada cerca de la ventana y escuchaba el ruido de los pasos que el eco de aquella pacífica estancia llevaba á su oído.

Aunque completamente satisfecha de su felicidad, abandonaba á veces su costura, y las lágrimas brillaban en sus ojos, porque había en el eco un ruido lejano, un ruido ligero, un imperceptible murmullo que resonaba en su corazón. La esperanza de un amor desconocido y el temor de perder la existencia en el momento de gozar aquellas nuevas delicias, eran la constante ocupación de su alma. Creía oír entonces, entre los sonidos que la rodeaban, el ruido de unos pasos que se dirigían hácia su

propia tumba, y sus lágrimas corrían á torrentes al pensar en el esposo que quedaria solo y entregado á la desesperacion.

Cesó aquella inquietud, y el eco dejó oír el ruido de los pasos de un niño. La jóven, sentada al lado de una cuna, oía cada vez más distintamente aquel ruido, unido á la argentina voz del pequeñuelo. Cuando ambos ruidos se escucharon con perfecta claridad, la sombría habitacion se convirtió en la morada de la alegría y de la felicidad, y el ángel de la Guarda pareció tender sus brazos al inocente niño, inundando de gozo el corazón de la pobre jóven.

Tegiendo continuamente los lazos de oro que la unían á aquellos queridos séres, mezclando su dulce influencia á la trama de su vida, aunque sin darlo á conocer, Lucía sólo escuchó, durante algunos años, ruidos armoniosos y agradables: los pasos de su marido anunciaban la fuerza y la felicidad; los de su padre eran acompasados y tranquilos, y el aya, semejante á un indómito alazan que se encabrita y patea lleno de impaciencia, hacia que el eco resonase fuertemente siempre que se paseaba junto al plátano.

Hasta sus lágrimas corrieron sin amargura cuando se mezclaron á los ruidos exteriores, cuando unos cabellos dorados, semejantes á los de Lucía, rodearon como una aureola el enflaquecido rostro de un pobre niño que, con apagada voz, decia á sus padres: «Mucho siento dejaros, mucho siento dejar á mi hermana, pero me llaman, y es necesario que me ponga en camino.»

Cuando el alma que le habia sido confiada se le escapó de sus brazos, la pobre madre no vertió lágrimas de desesperacion: «Dejad que se alejen: ellos gozarán de la presencia del Señor. ¡Benditas sean vuestras palabras, Dios mío!

El estremecimiento de las alas de un ángel uníase,

desde entónces, á todos los ruidos del eco, y les prestó cierto celeste encanto. Los suspiros de la brisa que acariciaban el pequeño mausoleo del jardín se unieron tambien á ellos, y la jóven los oía murmurar como murmuraban las olas en la silenciosa playa; y siempre trabajando, prestabales toda su atencion, en tanto que la pequeña Lucía estudiaba con una seriedad verdaderamente cómica su leccion de por la mañana; ó, sentada á los piés de su madre, vestía á su muñeca hablándole en la lengua de las dos ciudades que era su doble patria.

El eco repelia muy pocas veces el ruido de los pasos de Mr. Cartone. Sydney se servia solamente cinco ó seis veces al año del privilegio obtenido para ir allí cuando gustase, y para pasar algunas horas con sus amigos, como hacia frecuentemente en otro tiempo. No habia nunca en casa de los Manette, y el eco murmuraba respecto del particular una cosa que han murmurado siempre todos los ecos fieles.

Un hombre que ha querido de veras á una mujer, y que, no habiendo logrado unir á ella su existencia, conserva su amor en toda su profundidad, no la ha visto nunca nuevamente sin despertar en el hijo de aquella mujer una extraña simpatía y una delicada é instintiva compasion. ¿Qué invisibles corrientes despiertan en semejante caso aquella exquisita sensibilidad? Eso no lo revela ningun eco, pero el hecho es positivo, y Cartone lo demostró una vez más. El fué la primera persona extraña á quien la pequeña Lucía tendió sus regordetes brazos, y siempre tuvo con él una marcada preferencia. El niño que habia muerto habló de Sydney en sus últimos momentos: «¡Pobre Cartone! balbuceó, dadle un besito de mi parte.»

Mr. Stryver continuaba avanzando en la carrera del foro como una poderosa locomotora que atraviesa un pantano á fuerza de vapor, llevando en pos de sí á su

indispensable amigo, como se lleva á remolque un barquichuelo. Sabido es que, generalmente, los barcos que disfrutan esta ventaja suelen hallarse en desfavorables circunstancias, y casi siempre acaban por irse á pique; lo cual quiere decir, que el desdichado Cartone continuaba de mal en peor, y no procuraba salir de la negra esclavitud en que le tenia su despreciable compañero, así como el chacal no piensa nunca en trasformarse en león.

Stryver era rico; habia contraído matrimonio con una jóven y rica viuda, madre de tres muchachos que sólo tenian de notable una larga y apiastada cabellera.

El abogado, haciendo alarde de una proteccion verdaderamente ofensiva, habia cogido á los tres hijos de su mujer, y llevándolos á la tranquila morada de Soho, los habia presentado como discípulos suyos á Carlos Darnay, exclamando con la mayor delicadeza: «¡Hola, amigos! aquí teneis tres pedazos de pan que traigo á vuestro domicilio conyugal.» La no aceptación de aquellos tres pedazos de pan habia indignado á Mr. Stryver, el cual hizo comprender á sus hijastros el orgullo injustificado del descamisado profesor. Nuestro abogado tenia tambien la costumbre de referir á su esposa las intrigas empleadas por Mme. Darnay para seducirle, y le hablaba con gran elocuencia «de los artificios que él habia empleado contra aquellas odiosas proposiciones, logrando así no ser víctima de sus asechanzas.»

Algunos de sus amigos, que iban de cuando en cuando á verle para devorar su pésimo vino y su pesada elocuencia, excusaban á su colega diciendo que, á fuerza de repetir aquella mentira, habia acabado por creer en ella; pero esta circunstancia agravaba de tal modo el delito, que hacia digno á su autor de la prision y de la pena de horca.

Todos aquellos discursos, reproducidos por el eco, se

unian á los lejanos ruidos que Lucía Darnay escuchaba, alegre ó pensativa, desde el fondo de su sonoro retiro. Fácil es comprender la alegría que experimentaba al oír el eco de los pasos de su hija, de su marido y de su padre, siempre lleno de fuerza y de actividad; el encanto que llevaba á su oído el eco de la dicha que reinaba en su casa, siempre elegante y bien dispuesta; su satisfacción al hallar nuevamente en aquel eco la seguridad, mil veces repetida por su padre, de que ella era mucho más buena y bondadosa desde el día de su boda; su encanto al oír el eco de las palabras que Carlos le habia repetido con tanta frecuencia, cuando conmovido por las pruebas de cariño que ella le daba incesantemente, le preguntaba de qué sortilegio se valia para pertenecer por completo á cada uno de ellos, como si cada uno de ellos existiese solo, y sin parecer nunca preocupada ni absorbida por sus deberes.

Pero al mismo tiempo oíase á los lejos ruidos sordos y amenazadoras voces repercutidos por el eco, horrible preludio de una espantosa tempestad que se anunció en el apacible hogar del doctor poco ántes de llegar la pequeña Lucía á la edad de siete años.

Una noche de Julio de 1789, Mr. Lorry fué á casa de los Manette; aunque era ya algo tarde, acababa de salir del Banco, y tomando asiento se colocó entre Lucía y Carlos, que se hallaban próximos á la ventana. El salon no estaba alumbrado, y el calor sofocante, el cielo oscuro y nebuloso, trajeron á la memoria de los tres amigos aquella tempestad cuyos siniestros relámpagos contemplaron desde aquel mismo sitio en cierta memorable noche.

—Yo empezaba á creer, dijo Mr. Lorry arreglando su pequeña peluca, que iba á pasar toda la noche en el Banco; hemos tenido tanto trabajo desde por la mañana, que ya no sabia uno en donde tenia la cabeza. Hay una alarma tan grande en París que estamos agobiadísimos de

trabajo; todo el mundo quiere confiarnos su fortuna, pero con una precipitacion que raya verdaderamente en delirio. Indudablemente, todos nuestros clientes han dado en la mania de colocar sus fondos en Inglaterra.

—Eso es muy mala señal, dijo Carlos.

—Puede que sí, mi querido Darnay; pero hasta ahora no comprendemos esta falta de consideracion de nuestros clientes. Nosotros envejecemos en la casa Tellson, y no deberian aumentar de ese modo nuestro trabajo sin tener una fundada razon para ello.

—Ya sabeis, replicó Darnay, que el cielo amenaza tempestad.

—No lo niego, repuso el pobre gentleman comprendiendo la acritud de sus palabras y su falta de parsimonia; pero despues de la bulla y del laberinto del dia de hoy, no puedo remediarlo, me encuentro de un humor infernal. ¿En dónde está Manette?

—Vedme aquí, respondió el doctor entrando en el salon.

—Me alegro: porque el desórden y la precipitacion con que he trabajado hoy, sin poder hablar una palabra de estos tristes presagios, me han crispado horriblemente los nervios. Supongo que no saldreis de casa.

—No; si quereis jugaremos al chaquete, replicó el doctor.

—No lo Heveis á mal, pero creo que no tengo muchas ganas de jugar. No tengo la cabeza bastante despejada para ello. ¿Habeis tomado ya el té, Lucia?

—Sí, pero ahí teneis la tetera y vuestra taza.

—Gracias, querida mia, gracias. ¿Se ha acostado la chiquitina?

—Está durmiendo á pierna suelta.

—¿Y cómo anda de salud?

—Perfectamente.

—Lo encuentro muy natural. Gracias á Dios, no hay

ningun motivo que impida que todo vaya bien en esta bendita casa. ¡Ah, no podeis figuraros lo que he trabajado desde esta mañana! ¡y eso que ya voy dejando de ser joven! ¿Es ésta mi taza de té? Gracias, querida mia; vaya, id á vuestro sitio, sentaos y permanezcamos calladitos para oir el eco; vos sabeis interpretarle á las mil maravillas.

—Sí, yo digo lo que me dicta mi imaginacion.

—Bien, hermosa mia; de todos modos, los ruidos que nos comunica son numerosos y resonantes; haced el favor de escuchar.

Mientras nuestros amigos de Lóndres permanecian sentados al lado de su oscura ventana, multitud de gentes recorrian lejanas calles, marcando con sus pasos sangrientas huellas que tal vez no lleguen á borrarse nunca.

El arrabal de San Antonio sólo ofrecia aquella misma mañana una compacta masa de espantajos moviéndose á la brillante luz que el sol reflejaba en los cortantes aceros. Al espantoso rugido lanzado por el santo patrono, habianse levantado una infinidad de brazos desnudos, semejantes á esas ramas marchitas agitadas por el furioso cierzo, y todas aquellas manos ávidas se habian apoderado de las armas que les arrojaban desde los sótanos y de todo cuanto podia servirles de elemento de ataque, sin preocuparse para nada de que fuera uno ú otro el sitio en donde las hallaban.

¿Quién las habia dado? ¿Quién las habia recogido? ¿Por qué causa crugian sobre las cabezas cuando arrojadas á punados brillaban en el aire? Nadie hubiera podido decirlo, pero lo cierto es que se distribuian mosquetes, cartuchos, pólvora y balas, barras de hierro, palancas, cuchillos, hachas picas y todos cuantos instrumentos de destruccion pudiera idear la imaginacion más insensata. Los que no hallaron otra cosa, arrancaron las piedras y los ladrillos de las paredes. La fiebre se habia

apoderado del arrabal de San Antonio, y llevado de su delirio, cada uno de sus habitantes estaba dispuesto á sacrificar su vida.

Así como en todo torbellino las aguas se precipitan hácia el centro, la multitud, presa de un horrible vértigo, se agolpó alrededor de la casa del tabernero, y cada una de las gotas humanas que formaban aquel hirviente oleaje, se sintió atraído hácia el sitio en que Defarge, lleno de sudor y de polvo, dietaba á todo el mundo sus órdenes, distribuía mosquetes, rechazaba á éste, llamaba á aquél, desarmaba á uno para armar á otro y se hacía respetar de todos en lo más fuerte del tumulto.

—No te alejes, dijo á Jacobo tercero; Jacobo primero, y tú, Jacobo segundo, separaos y ponéos cada uno á la cabeza de un grupo de patriotas. ¿En dónde está mi mujer?

—¡Aquí! respondió Mme. Defarge que, tan impasible como siempre, habia dejado por aquel día su calceta. En vez del algodón y las agujas tenia un hacha en las manos, y llevaba en la cintura una pistola y un afiladísimo cuchillo.

—¿A dónde vas? le preguntó su marido.

—A donde vayais vosotros, respondió; voy á ponerme al frente de las mujeres.

—¡Ya estamos preparados; marchemos! gritó Defarge con voz de trueno. ¡Patriotas y amigos, á la Bastilla! ¡A la Bastilla!

Como si la voz de toda la Francia hubiese resonado en aquella aborrecida palabra, aquel humano hervidero lanzó un terrible rugido, las olas se encrespaban furiosamente y el fondo del abismo pareció amenazar al mismo cielo. Al toque de arrebató, al redoble de los tambores, á la tonante voz de aquel proceloso y desbordado mar, dió principio el ataque de la fortaleza.

Profundos fosos, doble puente levadizo, espesos mu-

ros, ocho elevadas torres, cañones y mosquetes! En medio del fuego y del humo, en el centro del mismo fuego, veíase á Defarge á la cabeza de los sitiadores. El oleaje le habia arrojado contra un cañón: convirtiéndose de repente en artillero, y ya llevaba dos horas conduciéndose como un héroe.

—Otro foso, un puente levadizo, muros de piedra, ocho grandes torres, cañones y metralla.

—¡Adelante, compañeros, adelante! Vamos, Jacobo primero, Jacobo segundo, Jacobo tercero, Jacobo quinientos, Jacobo veinte mil! ¡En nombre de Dios ó del demonio, segun á quien tengais mayor predileccion, adelante! exclamó el tabernero sin abandonar su cañón, cuyo metal se hallaba enrojecido hacia ya tiempo.

—¡Mujeres, seguidme! gritó á su vez Mme. Defarge. ¡Nosotras tambien podemos matar cuando se tome la plaza!

Una multitud de mujeres corrió en pos de ella lanzando agudos gritos, y aunque diferentemente armadas, todas iban impelidas del hambre y del deseo de venganza!

¡Fuego y humo, cañon y metralla, siempre el mismo profundo foso, el puente levadizo, los espesos muros, las ocho grandes torres! El furioso oleaje se desviaba ligeramente al caer los heridos. Las armas brillaban, chisporroteaban las antorchas, las carretas de heno mojado ardian y humeaban; infinidad de barricadas en todas direcciones, clamores, gritos de entusiasmo, gritos de odio, valor á toda prueba, sordos crugidos, metrallazos, furiosos rugidos de aquellas vivientes olas, y siempre el profundo foso, el último puente levadizo, los muros de mampostería y las ocho grandes torres! El cañon de Defarge llevaba ya cuatro horas de horrible combate.

¡Una bandera blanca en la fortaleza y luego un parlamentario! Apenas se les vé á través del humo; tampoco se oye nada de lo que dice. De repente el furioso oleaje

se extiende y se encrespa, y arrastrando á Defarge, le lleva más allá del puente levadizo, que acaba de bajarse, y más allá de los espesos muros, y le deja en medio de las grandes torres, que por fin se han rendido.

La fuerza que le arrastra es de tal modo irresistible, que no le es posible volver la cabeza ni respirar hasta llegar al pátio de la Bastilla. Apoyándose contra un muro hace un esfuerzo y mira á su alrededor: Jacobo tercero se halla á su lado; Mme. Defarge, siempre al frente de las mujeres y con su hacha en la mano, se encuentra á muy corta distancia. Todo es estruendo, insensata alegría, embriagadora locura, ruido terrible y pantomima desenfadada.

—¡Los prisioneros!

—¡Los archivos!

—¡Los calabozos!

—¡Los instrumentos de tortura!

Pero de todos estos gritos y de otros mil que se oyen entre la multitud, el que reclama los prisioneros es el único que se repite, y el oleaje se precipita en la cárcel, como si la eternidad existiera para el suplicio lo mismo que para el tiempo y el espacio, y como si fuese á ballar dentro de aquellos muros todos los prisioneros que en ellos se habían cobijado.

Los primeros aceros amenazaron de muerte á los oficiales de la prision si trataban de ocultar uno solo de los calabozos. Defarge cogió á uno de los carceleros, hombre de blanca cabellera, que tenía una antorcha en la mano, le condujo aparte y le colocó entre él y la muralla.

—Condúceme á la torre del Norte, pero sobre la marcha, le dijo.

—Haré lo que me mandais, replicó el carcelero, pero no encontrareis allí á nadie.

—¿Qué significan estas palabras: torre del Norte, número 105? preguntó Defarge. ¡Vamos, contéstame en se-

guida! ¿Sirven para designar al prisionero ó á su calabozo? ¡Respóndeme, ó te mato!

—¡Mátale! dijo con espantosa voz y acercándose á ellos Jacobo tercero.

—Son las señas del calabozo, señor.

—Enséñamele.

—Por aquí, señor, por aquí.

Jacobo tercero, disgustado indudablemente por el pacífico desenlace de aquel diálogo, fué cogido por Defarge como éste mismo había cogido al llavero. Fué preciso juntar sus tres cabezas y gritarse al oído lo que habían tenido que decirse, y aún así y todo, pudieron apenas entenderse, en medio del estruendo producido por el oleaje del pueblo que invadía los pátios, los corredores y las escaleras, en tanto que por la parte de afuera golpeaba los muros y entre terribles rugidos pronunciaba energicos vivas lanzados al aire como la sutil espuma de las olas.

Defarge, su amigo y el llavero atravesaron apresuradamente varias bóvedas sombrías, á las que nunca había llegado la luz del sol; penetraron por las puertas de horribles cavernas, bajaron unas tenebrosas escaleras, luego treparon, entre dos muros, por unos surcos semejantes al seco lecho de un torrente. La multitud les siguió al principio; pero cuando despues de haber bajado comenzaron á subir aquella espiral, que conducía á la plataforma de la torre, no solamente se hallaron solos, sino que el ruido de la tempestad sólo llegaba á ellos á modo de apagado murmullo, como si la violencia del huracan los hubiese dejado sordos.

El carcelero se detuvo delante de una pequeña puerta, hizo girar la llave en una cerradura chirriante, y dando un fuerte empujón á la puertecilla, dijo:

—¡Aquí teneis el número 105!

Un agujero cuadrado, con fuertes barrotes de hierro, pero sin vidrios, practicado en la parte superior del

muro y oculto en unas tres cuartas partes por algunos ladrillos de construcción, de modo que para ver el cielo era preciso acostarse al pié de la pared y alzar la vista perpendicularmente, servía de ventana á aquel lugar maldito. Veíase allí una pequeña chimenea cruzada por enormes barrotes á algunos piés del suelo. Un puñado de antiguas cenizas yacía en el hogar; un banquillo, una mesa y un jergon, constituían todo el mueblaje. Las cuatro paredes estaban ennegrecidas, y de una de ellas pendía una argolla de hierro completamente enmohecida.

—Vé pasando la antorcha despacito por delante de las paredes para que yo las examine bien, dijo el tabernero al empleado de la cárcel.

El hombre obedeció; Defarge, con la vista fija en la pared, siguió atentamente la luz.

—¡Espera un momento! mira aquí, Jacobo.

—¡Una A y una M! exclamó tres veces Jacobo leyendo dichas cifras.

—Alejandro Manette, le dijo el tabernero señalando las iniciales con el índice. Mira, él también ha escrito esto: «Un pobre médico.» Y este calendario, también tengo la seguridad de que debe de ser obra suya. Dáme la palanca que llevas.

Defarge conservaba aún en la mano su botafuego; lo cambió por la palanca que llevaba Jacobo, y volviéndose hacía la mesa y el banquillo, los hizo añicos en un momento.

—Levanta la luz, dijo con impaciencia al llavero. Examina esas astillas, Jacobo, pero examínalas detenidamente; toma mi cuchillo, raja el jergon, registra bien la paja. Tú, ten la luz más alta!

Dirigió una mirada amenazadora al carcelero, se arrastró por el hogar de la chimenea, examinó el cañon de la misma, y sacudió los barrotes de hierro. Un poco de polvo y de hollín salió de uno y otro lado, y después de

volver la cabeza para defender la vista, registró cuidadosamente las cenizas, las hendiduras, los agujeros y los más insignificantes resquicios.

—¿No encuentras nada en la madera ni en la paja? preguntó á Jacobo.

—Nada absolutamente.

—Reune todo eso en el centro del calabozo, y tú prendelo fuego, dijo al carcelero.

—El llavero acercó su antorcha al monton de paja y de astillas que formó rápidamente una hoguera. Bajándose entónces para salir por la puertecilla, se dirigieron por el mismo camino hácia el patio de la ciudadela, y creyeron recobrar el oído á medida que iban acercándose á las tumultuosas y furiosas olas.

Millares de enronquecidas voces llamaban por su nombre al tabernero. El barrio de San Antonio quería que Defarge marchase al frente del peloton encargado del gobernador. Si no se adoptaba semejante precaucion, era imposible que aquel hombre que había defendido la Bastilla y hecho fuego sobre los patriotas, llegase á la casa ayuntamiento, en donde le esperaban sus jueces; tal vez llegaria á escaparse, y la sangre del pueblo, que después de tantos siglos de desprecio adquiria repentinamente algun valor, quedaria sin vengar.

Entre la multitud que rodeaba al gobernador, al cual se distinguia desde léjos por su uniforme gris y su cinta encarnada, veíase á una mujer de rostro impassible. «Allí está mi marido», exclamó designando al tabernero. Luego se aproximó al anciano oficial, permaneció á su lado hasta que la comitiva se puso en marcha; permaneció á su lado en las calles por donde le conducian un grupo de patriotas capitaneado por Defarge; continuó cerca de él, fria y tranquila, cuando, llegado ya al punto de su destino, comenzaron todos á maltratarle; continuó á su lado, y siempre imperturbable, mientras la sangre corria

á torrentes; continuó tan cerca de él cuando cayó por fin el desdichado, que animada de un repentino furor, le puso el pié sobre el pecho y le sego el cuello con el cuchillo que tenía preparado de antemano.

Habia llegado la hora de que el barrio de San Antonio iba á colgar hombres en vez de faroles, á fin de demostrar lo que él era y lo que podia hacer. El barrio de San Antonio sentia hervir la sangre en sus venas, y al mismo tiempo la sangre de la tiranía se congelaba en las escaleras de la Casa-ayuntamiento, en donde yacia el cuerpo del gobernador, se congelaba bajo el pié de Mme. Defarge, que habia sujetado con su pié el cadáver de la víctima para mutilarle con mayor facilidad.

—Bajad aquel farol, gritó el barrio de San Antonio despues de haber buscado un nuevo instrumento de suplicio, bajad aquel farol, porque hay que reemplazarle con un soldado que tenemos aquí.

El centinela se balanceó en el aire, y el oleaje continuó su marcha; aquellas amenazadoras y destructoras olas se agolpaban furiosamente, y nadie conocia su fuerza ni sospechaba su poder; era un oleaje ciego y sin remordimientos, un Océano implacable, del cual surgian inflexibles brazos, gritos de odio y de venganza y rostros de tal modo endurecidos por la miseria, que no hubiera podido adivinarla la más tierna compasion.

Entre aquellas cabezas en que, unida al furor palpataba la embriaguez del triunfo, veíanse catorce, divididas en dos grupos iguales, cuyas rígidas y pálidas facciones, faltas de expresion, contrastaban poderosamente con el exceso de vida que se desbordaba en torno suyo. Nunca el irritado Océano llevó sobre sus olas unos restos más memorables: siete prisioneros, cuya tumba acababa de romper la tempestad, aparecian sobre la multitud, desvanecidos y espantados, sin saber si habria llegado su última hora y si la alegría salvaje que inspiraba su liber-

tad era ó no la de los espíritus infernales. Detrás de ellos, siete cabezas que dominaban á las otras, siete cabezas cadavéricas, cuyos párpados esperaban para levantarse que sonase la hora del juicio supremo, siete rostros inmóviles, cuya expresion se hallaba suspendida y no destruida, como si sus ojos, cerrados un instante, debieran abrirse de nuevo y gritar sus lívidas bocas: «¡Tú eres quien ha hecho eso!»

Siete cabezas sangrientas, siete prisioneros llevados en triunfo, las llaves de las ocho torres de la ciudadela maldita, algunas esquelas, algunos recuerdos de antiguos prisioneros muertos de desesperacion hacia ya mucho tiempo, todo esto era lo que en 14 de Julio de 1789 escoltaba el barrio de San Antonio, cuyos ruidosos pasos repetia el eco.

¡Dios haga que la idea de Lucía Darnay sea equivocada; Dios haga que aquellos pasos, léjos de penetrar en su vida, se aparten de la pobre jóven; porque, furiosos y rápidos, todo lo destruyen en su camino, y sus huellas, nuevamente enrojecidas, pero no ya en el vino, se borran muy difícilmente!

CAPITULO XXII.

Sigue subiendo el oleaje.

Hacia apenas ocho dias que el arrabal de San Antonio, ébrio de alegría, endulzaba la amargura de su pan duro y negro y se consolaba de la exigüedad de su racion con sus fraternales abrazos, cuando volvemos á hallar á Mme. Defarge sentada enfrente de su mostrador y presidiendo, como de costumbre, el despacho de la taberna. No llevaba ninguna rosa en su prendido, porque la congregacion de los agentes de policia manifestaba hacia ocho dias una gran repugnancia en visitar los dominios del santo patrono: los faroles de sus estrechas y asque-